

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

LOS DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.

O vos omnes qui transitis per viam attendite et videte si est dolor similis sicut dolor meus!

¡Oh vosotros, todos los que pasais por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!

(LAMENTAT. JEREMIE: cap. 1, vers. 12.)

Es el mundo un vasto teatro, siempre abierto á la expectacion pública, teatro en que sin cesar se representan, ora escenas que elevan el espíritu, ora dramas que lo abaten, ora tragedias que lo afligen. No hay individuo, ni familia, ni pueblo, que no sea actor en esta gran representacion; en que tan pronto asoma la alegría con todos sus éxtasis, tan pronto la tristeza con todas sus lágrimas, tan pronto el furor con todas sus agonías. Aquí se ve un pueblo que, vistosamente adornado, empuña palmas y ciñe laureles, dando saltos de alegría junto á una pirámide de donde penden mil trofeos: es un pueblo que celebra las glorias de sus héroes. Allí se observa otro cuyas ciudades se hallan cubiertas de luto, cuyos moradores llevan un aspecto triste y macilento: es un pueblo que llora la pérdida de sus hijos. Esta es la leccion diaria en que se versan los pueblos, las ciudades, las familias, y todo el linaje humano.

¡Ah! Así tambien, con la debida proporcion, presenta la Religion á sus hijos los dias de su gloria y los de

su tristeza. Sí, esta hija del cielo, á pesar de ser tan esplendorosa, por su origen y naturaleza, como el sol de mediodía, ha tenido en su carrera dias de alegría y dias de luto. Un dia se nos presenta vestida de gala por el nacimiento de su Fundador; otro amanece para Ella en que sólo há lugar la tristeza y el dolor, por ser el aniversario de su ignominiosa muerte. Así veo yo hoy á esa triste Madre; el cielo enlutado, la tierra convulsa, las piedras hendidas como un corazon que se parte, la naturaleza en silencio, los ángeles en expectativa, los hombres en consternacion, déjase oír la voz de esta Madre infortunada, voz que dirige á los hijos de la Cruz: «Oh hijos míos! dice; un dia amaneció para mí, dia de lamentos y de amarguras; dia que no merece ser computado entre los demás, porque en él se levantáran los hombres contra Dios; dia en que mi corazon fuera atravesado de mil dardos de dolor; dia en que cielo y tierra se conjuró contra mí; dia en que un pueblo furioso me arrebató el único objeto que poseia mi corazon; dia en que de la más dichosa me convertí en la más desgraciada de todas las mujeres, pues no tuve ya objeto á quien amar, por haber muerto el único que yo amaba. Acercaos, pues, ¡oh hijos de mis dolores! examinad de cerca el cruel espectáculo de mi Hijo moribundo, y ved que no hay dolor comparable al mio.» *O vos omnes, etc.*

Este es el gran cuadro que la fé delineá hoy ante nosotros con los más patéticos rasgos, poniéndonos delante el Calvario humeando con la sangre divina, la Cruzalzada teniendo en sus brazos al llagado Redentor, y al lado de esta Cruz, que no es por entónces más que un cadalso, á la dolorida Madre, que tuvo el desconsuelo de ver morir al mejor de los hijos. Otro dia vereis á esta tierna Madre engalanada con los adornos que la da su Esposo, ó bien teniendo en sus brazos al Niño suspirado de las naciones, ó bien presentándolo á los sabios para que

lo adoren, ó bien al lado suyo entre la muchedumbre de pueblo, siendo aclamado feliz el vientre que lo llevó y dichoso el seno que lo amamantó; otro dia podreis verla subiendo al cielo sostenida por esplendentes nubes, coronada de gloria y de majestad; pero hoy no podemos contemplar sino sus lágrimas y su dolor.

Fijemos, pues, nuestras miradas en la tierna Madre que se halla al pié de la Cruz; miremos aquella nobilísima frente que, semejante al firmamento, no pierde su serenidad aunque crucen en todas direcciones nubes oscuras y ráfagas violentas del Aquilon. Ya que ella misma nos suplica que la acompañemos en su angustia, subamos al monte de la mirra, y examinemos de cerca la causa de su dolor. Se encuentra María junto á la Cruz del Hijo. ¿Quién la ha llevado al teatro de sangre donde se halla? La impiedad de los sayones. ¿Ha llegado acaso hasta el extremo de apoderarse de la Madre para atormentarla como al Hijo? ¿El Hijo mismo ha suplicado á su Madre que no lo abandone? ¡Ah, no! María ha salido al escenario del dolor por su propia voluntad; su amor y su ternura son los que la tienen junto á su Hijo, para morir con Él si necesario fuere. Vamos, pues, á tomar parte en el dolor de María, considerándola como á tierna Madre que se fija al pié de la Cruz para aliviar con su presencia los tormentos de su Hijo.

¡Ángeles santos! ya que el dolor ha anudado nuestras lenguas, venid vosotros, y con vuestras arpas de oro modulad un himno de amor á nuestra Reina, para consolarla en su dolor, miéntras que con balbucientes acentos nos arrojamós todos á sus plantas, y la saludamos llena de gracia y de amargura. *Stabat Mater dolorosa.*

Es el amor un fuego que igualmente inflama el corazon del amante y el del amado; pero es necesario que

nos entendamos; es preciso dilucidar á qué objetos puede tender esta noble pasion del alma, para comprender cuáles pueden ser tambien los resultados del amor. Hay gran diferencia de amor á amor; hay amor que inflama para convertir en ceniza al objeto que lo posee; y tambien lo hay que de lo más infinito hace que salga lo más noble y grandioso; aquél es el amor mundano, éste es el divino; por consiguiente, el amor, segun su origen, su objeto y su fin, puede ser una noble pasion que engrandece el alma, y puede ser tambien una tendencia innoble que la degrade y envilezca. ¡Ah! El amor carnal nunca ha sido causa de acciones heróicas, ni puede inspirar altos sentimientos de gratitud, ni abrasar dos corazones, sino para que ambos se vuelvan escoria y ceniza. No es así la índole del amor racional; él identifica realmente los objetos distintos, haciendo de dos almas una; él da expansion al espíritu humano, y lo eleva á una region donde pueda, en caso necesario, desplegar el gérmen del heroísmo que lleva consigo. Entre dos individuos que se amen con afecciones dirigidas por la razon, es comun la tristeza, el gozo, las alegrías, los bienes y los males; igualmente padecen en lo adverso, igualmente gozan en lo próspero. ¿Quién podrá comprender hasta dónde llega la virtud de este genio del amor racional? Y si tan nobles y relevantes son los atributos del amor que inspira la naturaleza cuando no está viciada, ¿cuánta no será la eficacia, la virtud de aquel amor que, por su procedencia, por su objeto y su fin, pertenece á una esfera más que humana y más que angélica? Bien comprendéis que estoy hablando del amor que unia las almas de Jesus y de María.

Son estos dos seres realmente distintos; mas están identificados por el amor; son dos flores que viven en un mismo tallo y de una misma sávia; son una Madre y un Hijo... ¡una Madre y un Hijo! ¡Ah! He pronunciado dos nombres, cuyos ecos hacen dar saltos de alegría á la na-

turalidad. Entre cuantos seres componen el mundo visible, no hay dos que tengan tantos motivos para amarse como la madre y el hijo; desde que aquélla empieza á serlo, se forman entre ella y el fruto de su vientre relaciones de amor tan íntimas, que no puede romperlas ni la misma muerte; por nueve meses continuos el hijo no parece ser un sér distinto de la madre, ni ésta vive para sí sola, sino para su hijo, ni tiene otro anhelo que el de llegar al dia feliz en que pueda sin peligro entregarse á todos los éxtasis de una alegría que justamente inspira la naturaleza y consagra la razon. Cuando del claustro materno pase el hijo á los brazos de la madre, cuando lo suspenda á su seno, cuando pueda sellar ésta las rosadas mejillas con sus labios, sus deseos estarán cumplidos, su alegría será completa, el amor hácia el hijo llegará á su colmo. No recibe aquí, sin embargo, todo su complemento el amor de la madre y del hijo; porque mientras éste se halla en la edad infantil, ni sabe que es amado, ni conoce hasta qué punto ha de llegar su gratitud para con la autora de sus dias; es entónces en el hijo un amor casi material é instintivo el que lo lleva junto á su madre, y hace que suspenda alguna vez sus tiernas manos hácia aquel seno que le dió vida. Sube, pues, á su debido apogeo el amor del hijo y el de la madre cuando la razon se desarrolla, y se añade la idea de la gratitud á la idea del amor que inspira la procedencia natural. Entónces sí, entónces se identifican dos corazones; entónces la alegría y el placer son comunes á la madre y al hijo, é igualmente los aflige y entristece el dolor, pues el amor inspirado por la naturaleza y la razon es tanto más fuerte que el que proviene del sólo instinto, cuanto excede lo moral á lo físico, y lo racional y espiritual á lo que es puramente instintivo y material.

Estoy hablando, amados míos, del amor maternal sin ninguna excepcion, porque la naturaleza igualmente

visita el corazón de la Reina que ve á su príncipe reclinado en cuna de oro, que á la humilde zagala que guarda á su niño en choza pastoril, pues tanta es la dicha de la primera en ser madre de un Rey, como la de la segunda en serlo de un pastor; ni es posible que violentemos los conatos de la naturaleza. Pero, señores, si de madre á madre no hay diferencia, por amar todas á sus hijos y no poder fijar su amor maternal en los que no han recibido de ellas el sér, grande es é infinita la que hay entre ser madre de un hombre y serlo de un Dios. Si entre las madres es mayor el amor que se tiene al hijo único, si es más intenso el que se profesa al hijo recibido inesperadamente y por medio portentoso, ¿cuánto mayor será el amor hácia un hijo que debe su origen al cielo, cuya naturaleza es divina, y cuyas prerogativas no tienen semejanza con ninguna criatura? Hémos aquí ya contemplando de lleno el amor de María para con su amable Jesus; preciso es saber cuánto lo ama, para que comprendamos cuánto padece; porque tanto es el dolor en los padecimientos del amado, cuanto es el amor que lo une con su amante.

Cuánto sea el amor de María para con Jesus, es un punto á cuya solución no podemos llegar. Si al considerar que es madre preguntamos á todas las que ha habido cuánto es el amor que tienen á sus hijos, nos dirán que es el mayor que hay en la tierra; pero no es posible pesar el amor de María, porque no es Ella madre de un hombre, sino de Dios; ni nos es dado calcular lo que su corazón sentiría al ser madre, porque produjo en María tal éxtasis de gozo el ser virgen incorrupta, que quizás no dió lugar por aquel momento á la alegría purísima é inexplicable de ser Madre de un Dios. Si intentamos buscar su amor á Jesus en los dotes que adornan el cuerpo y alma de su Hijo, era preciso preguntarlo á los ángeles, y nos dirían que ni áun ellos lo saben con perfección, porque

la hermosura de su Rey es infinita. ¿Conque no es posible medir el amor de María hácia Jesus? No; basta saber que era Jesus Hijo único de María; basta decir que el Hijo de María es el esplendor del Padre y la figura de su sustancia, y el que lleva en su dedo la máquina del mundo. Baste decir que es Dios. ¡Oh amor inexplicable de María hácia Jesus! Infinito por su objeto, dejaba de serlo en María por impedírsele el ser de criatura. ¡Madres cristianas! Si quereis comparar vuestro amor á los hijos con el de María, comparais las escorias con el oro, la nada con la existencia, las tinieblas con la luz, la tierra con el cielo. María era toda de Dios; Dios era todo de María; no se aunan con tanta identidad los rayos del sol en el cóncavo cristal, como el amor de María en el corazón de su Hijo; no se precipitan con tanta rapidez los ríos caudalosos en el seno del Océano, como el amor de María se internaba y perdía en el seno de la Divinidad; los serafines al lado de María no saben amar, porque si aquéllos aman á Dios por ser su Criador, María lo ama por ser su Hijo.

Raciocinemos, pues, amados míos; si el dolor que el amante sufre en las dolencias de la persona amada se ha de medir por el amor que los une, preciso es decir que los dolores de María fueron infinitos. ¡Ah! ¿Cómo se hallaría el corazón de María en la pasión de su Hijo Jesus? Es verdad que muy de antemano estaba persuadida que su Hijo tenía que morir; Dios no la ocultó los designios que tuviera sobre su Hijo, pues á los cuarenta días después de nacido éste, la informó por medio de un profeta que sería el objeto de mil contradicciones; pero hay gran diferencia entre lo presente y el porvenir; si se quiere, podremos concluir, con el devoto Bernardo, que toda la vida de María fué un tejido de dolor; cuantos cuidados prodiga María á Jesus, no sirven sino á alimentar y conservar una víctima; está el tierno infante en los brazos de su